

LA VIDA COTIDIANA EN CLUNY EN LOS SIGLOS X A XII**

Durante los años 2009 y 2010, numerosas manifestaciones y celebraciones han señalado el undécimo centenario de la fundación de la abadía de Cluny. Son bastante bien conocidas las piedras de Cluny, gracias a los edificios y a las ruinas que pueden verse y a las reconstrucciones virtuales que se han realizado. Se conoce también la vida de los grandes abades de Cluny, gracias a las biografías que los monjes cluniacenses rápidamente les han dedicado. Se conoce tal vez menos la vida cotidiana de la comunidad cluniacense y de los monjes de Cluny en ese período fausto que va desde la fundación de la abadía en 910 hasta la muerte de Pedro el Venerable en 1156.

Nuestro estudio se limitará a ese período que representa en total unos 250 años, que no son ciertamente homogéneos, idénticos: las algunas decenas de monjes dirigidos por Bernon, el fundador, no llevan la misma existencia que los 300 monjes que pueblan la abadía en tiempos de Pedro el Venerable. Nosotros no hablaremos sino de la vida en Cluny mismo, seguramente diferente de aquella que los cluniacenses pueden llevar en los innumerables prioratos, más o menos importantes, que dependen de la abadía madre.

Las fuentes y los estudios no faltan, aun cuando sea preciso buscar un poco para encontrarlos. Las fuentes están constituidas por los estatutos y los costumbrarios que fueron presentados por Dominique Iogna-Prat en un precioso artículo de la *Revue Mabillon*, y publicados por Dom Charvin en el primero de sus once volúmenes de los *Status et Visites de l'Ordre de Cluny*, y por diversos autores en el *Corpus Consuetudinum Monasticarum* de Kassius Hallinger. Pueden utilizarse también las *Vidas* de los abades de Cluny, y no se deben dejar de lado las críticas de los cistercienses con respecto al lujo de los cluniacenses. Los estudios recientes son numerosos, y están citados en nuestra bibliografía.

* Prior de la Abadía Santa María de París.

** Artículo publicado en *Lettre de Ligugé* 336, Abril 2011. Traducido al castellano por la Hna. Graciela Sufé, osb, de la Abadía *Gaudium Mariae* (San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina).

La entrada al monasterio

Sigamos las grandes etapas de la vida del monje, desde su entrada al monasterio hasta su muerte. Entra en una comunidad, muy reducida al comienzo, puesto que Bernon comienza con doce monjes, pero que crece lentamente al principio: alrededor de 80 monjes en el año 1000, más rápidamente luego: 200 ó 300 en tiempos de Pedro el Venerable. No es fácil trazar los límites de esta comunidad, que comprende múltiples categorías: los monjes de coro, los hermanos conversos, los familiares, los oblatos, los niños, los estudiantes. Se ejerce una selección entre los candidatos: se descartan los ancianos, los locos, los hijos ilegítimos y aquellos que sus padres quieren ubicar en el monasterio porque son discapacitados; se duda en aceptar a monjes que vienen de otras abadías, y más aún a abades que han dimitido o han sido dimitidos. Los cistercienses reprochan a los cluniacenses aceptar muy fácilmente a monjes fugitivos.

El candidato normal es un hombre joven, más bien de buena familia: en general el hijo menor, ya que el mayor se destina a la armada. Ha realizado estudios, y cuenta por lo menos con 17 años. Los *Estatutos* de Pedro el Venerable de 1132 serán más exigentes: el candidato debe tener al menos 20 años. Es recibido primero en la hospedería, donde en algunos días aprende lo esencial del ceremonial, entendamos del saber-vivir cluniacense. Él puede entonces, en presencia del abad y de los monjes, pedir su admisión en la comunidad. En el transcurso de la Misa, el maestro de novicios lo reviste del hábito monástico, pero no de la cogulla, que no recibirá sino el día de su profesión. En principio, el noviciado dura un año, como lo prevé la *Regla de san Benito*, pero el abad puede abreviarlo.

La profesión tiene lugar en el transcurso de la gran Misa^{***} celebrada por el abad. Después del evangelio, el novicio lee su carta de profesión, la firma, la coloca sobre el altar, canta el versículo *Suscipe me Domine* indicado por la *Regla*. Siguen algunas oraciones y la entrega de la cogulla, luego el abrazo dado por el abad y por todos los monjes, signo que significa que el candidato es incorporado a la comunidad. Las ceremonias de profesión son frecuentes en Cluny, puesto que todos los jóvenes monjes de la familia cluniacense tienen que hacer profesión en Cluny, para marcar bien la unidad de la Orden.

El monje de coro, que ha hecho estudios, que sabe leer y escribir, que comprende el latín, en adelante está obligado a la participación en el oficio divino, en lo que san Benito llama el *opus Dei*, y muy verosímilmente accederá al sacerdocio. Pedro el Venerable pide que la ordenación no se dé antes de los 25 ó 30 años, lo que deja por lo tanto un tiempo suficiente para los

estudios preparatorios al sacerdocio.

Pero hay otra categoría de monjes: los conversos, que no han hecho estudios, algunos no saben leer y por supuesto no comprenden el latín: su vida litúrgica es limitada. Sólo están presentes en algunos oficios, sentados en bancos abajo del coro, diciendo no los salmos sino los *Pater* y los *Ave*, y a la mañana ayudan en la misa de los monjes sacerdotes. Los conversos son numerosos, pues son necesarios para asegurar los trabajos manuales, pero hay también hombres cultos que por humildad o por gusto escogen el estatuto de conversos.

Nos viene a la mente una pregunta: estos hombres jóvenes que entran en Cluny, ¿tienen vocación? La pregunta es sin duda anacrónica. En la Edad Media, salvo excepción, no son los jóvenes quienes deciden su porvenir. Las hijas no escogen sus maridos, sino que reciben aquel que sus padres escogen para ellas. De la misma manera, no se pregunta a los muchachos qué carrera, ni qué compañera quieren abrazar: son los padres, o todo un círculo familiar, quienes fijan la ruta que seguirá el muchacho, para su bien, pero también y sobre todo para el bien del clan. Es un honor llegar a ser monje de Cluny, y es un honor tener un hijo en esta abadía prestigiosa. Será excepcional que un candidato deje el monasterio en el transcurso de su noviciado, que es un tiempo de aprendizaje mucho más que un tiempo de discernimiento.

El horario de la jornada

Ahora hay que indicar el horario, bastante complejo, en el cual va a desarrollarse la jornada del monje. La distribución del tiempo varía según las estaciones, pues no se vive con la luz eléctrica, sino con la del sol... y las velas. En invierno, las noches son largas y los días son cortos, mientras que en verano ocurre lo contrario. Todo el año, hay doce horas de día y doce horas de noche, pero en diciembre una hora de noche cuenta hasta 75 minutos, mientras que la hora de día no cuenta sino 45. En junio, es a la inversa.

Como en el relato de la creación del Génesis y además en toda la Biblia, la jornada comienza al ponerse el sol: el día nacerá de la noche. En invierno, el monje, que se acuesta hacia las 7 horas de la tarde, puede dormir largamente: se levanta a las 3 horas de la noche para el oficio de los nocturnos o vigilias, que dura entre una hora y una hora y media. Puede a continuación leer o volver a acostarse hasta laudes o maitines, que son celebrados al alba, hacia las 6 horas. Poco después de laudes, tiene lugar el oficio de prima, seguido de una reunión en la sala del capítulo, así llamada porque allí se lee un capítulo de la *Regla de san Benito*, que el abad puede comentar. Puede también transmitir las novedades, e indicaciones para el trabajo de la jornada. Ésta estará acompañada a continuación por las horas menores de tercia, sexta y nona, cuyos nombres son suficientemente indicativos. Después de

nona, por lo tanto hacia las 15 hs., tiene lugar en invierno la única comida de la jornada. Se celebran las vísperas con los últimos resplandores del día, por lo tanto hacia las 16 hs. La jornada se termina con las completas, hacia las 18,30 hs.: no es necesaria la luz, puesto que los salmos que corresponden cada día se saben de memoria. Y, como lo veremos más adelante, hay todavía que agregar a este programa dos Misas celebradas cada mañana.

En verano, el esquema es el mismo, pero en junio hay dieciséis horas de día y solamente ocho horas de noche. Va pues a acostarse más tarde, a levantarse valientemente a las 1,30 hs. de la madrugada para las vigiliias que son un poco menos largas que en invierno; se reencuentra para los laudes a las 4 hs. o incluso un poco antes; a continuación están las diferentes horas del día, más espaciadas que en invierno; y las vísperas se cantan hacia las 18 hs. Desde Pascua al 14 de septiembre hay dos comidas por día: una después de sexta, o sea hacia el mediodía, y la segunda después de vísperas.

En este marco horario se desarrolla la vida del monje cluniacense, que va a dar un espacio muy extenso a la liturgia y uno más modesto al trabajo intelectual, al trabajo manual y —debemos mencionarlo— al trabajo administrativo.

La amplitud de la liturgia

San Benito en su *Regla* da un espacio considerable a la celebración del oficio divino, pero voluntariamente ha reducido el *cursus* de los monasterios de Oriente: nuestros hermanos orientales tienen bastante aliento para decir los 150 salmos del salterio en un día; nosotros nos contentaremos con decirlos en una semana. Además, en Benito, la misa es celebrada sólo el domingo, no en la semana.

En Cluny, a partir del siglo XI, se agregan al oficio tal como lo ha establecido san Benito, oficios votivos u oficios de devoción: oficio de la Santa Virgen, oficio de difuntos, oficio de todos los santos. Se llega a un total de cerca de 150 salmos cada día. Por otra parte, cada día se celebran dos misas: después de prima o tercia una misa llamada matutina, que puede ser la misa de la Trinidad, de la Virgen María, de los ángeles o por los difuntos. Más tarde, por la mañana, se celebra la gran Misa^{***}, con diácono y subdiácono e incensación.

Señalemos que no hay elevación de la hostia ni del cáliz después de la consagración, rito que no será introducido sino en el siglo XIII. El canto del *Sanctus* se prosigue durante todo el canon, dicho en voz baja por el sacerdote, y nada marca el momento de la consagración. Los monjes que están prepara-

^{***} Ver nota anterior. En adelante continuaremos denominándola “gran Misa”, como está en el original francés (N.d.T.).

dos comulgan en esta misa, lo que implica evidentemente que están en ayunas.

Por añadidura, los monjes sacerdotes tienen la posibilidad —no la obligación— de celebrar una misa privada, que será casi siempre por un difunto. En los alrededores del año mil, en efecto, se adquiere la costumbre de hacer celebrar misas, muy numerosas, por los difuntos. Se teme al infierno, y se tiene confianza en que el sacrificio de Jesucristo renovado en la misa es el mejor medio de asegurar la salvación eterna. Los señores y los ricos, que no tienen la conciencia muy tranquila, hacen importantes donaciones para que se celebren centenares de misas desde el momento de su deceso o del de sus parientes próximos. Se dirigen a los monasterios para asegurarse esas oraciones, y esta demanda lleva a ordenar sacerdotes a un gran número de monjes, que no tendrán otra función sacerdotal más que la de celebrar estas misas.

Para concluir este panorama de la liturgia en Cluny, es necesario mencionar también las numerosas procesiones, que son un poco la especialidad de la casa. Se hace una gran procesión el domingo antes de la misa para la aspersion de los lugares regulares; en Cuaresma se hacen procesiones de penitencia los miércoles y los viernes, marchando con los pies desnudos si no hace demasiado frío. Y, por supuesto, procesiones más largas en determinados días de fiesta: el domingo de Ramos, para los tres días de Rogativas, etc.

¿Qué piensa el monje de Cluny de estas innumerables e interminables celebraciones? ¿Se siente a gusto, o experimenta un sentimiento de saturación? Personalmente, yo encontraría el menú demasiado copioso, pero sería un error prestar nuestros sentimientos a hombres del siglo XI o XII. Los monjes de Cluny estiman que esta amplia liturgia es la verdadera función del monasterio, el ministerio indispensable que desempeña en la Iglesia y en la sociedad. Si esta actividad de alabanza de Dios y de intercesión por los hombres no fuera ejercida por estos obreros especializados, que llevan a cabo la obra de Dios, habría un desequilibrio y un peligro para el mundo, para la buena marcha del mundo creado por Dios, salvado por Cristo, protegido por la Virgen María y todos los santos. Por medio de su liturgia, celebrada en una iglesia que se agranda o reconstruye sin cesar, los monjes aseguran la comunicación entre el cielo y la tierra, de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo: sin su oración cotidiana, de noche y de día, la luz se extinguiría. Es impresionante ver el lugar que la luz tiene en las *Oraciones de Cluny* recientemente editadas.

En los textos de que disponemos, no se observan quejas o críticas respecto de esta liturgia tan abundante. Hay que notar, sin embargo, que no todos los monjes viven a este ritmo. Primero, los hermanos conversos, que son verdaderos monjes, no asisten más que a algunos oficios, un poco apartados, con sus propias oraciones. Seguidamente, vemos que los monjes que desempeñan cargos importantes son dispensados de una parte del oficio, o no concurren más que cuando tienen tiempo disponible. El mayordomo o ecónomo es un hombre muy ocupado: está dispensado de un buen número de

oficios y de la gran Misa; él asiste a una Misa matinal *si puede*. El hospedero y el enfermero están a menudo obligados a faltar a un oficio. El abad mismo y el prior están a menudo de viaje, o reciben visitas. Constatamos también que fácilmente los monjes toman algunos días de descanso y de libertad invocando razones de salud y la necesidad de una estancia en la enfermería, que se presenta como un lugar de vacaciones.

La pregunta reaparece: fuera de la liturgia, ¿cuáles son las actividades de los cluniacenses?

El trabajo manual e intelectual

No es muy fácil hacerse una idea de la vida intelectual de estos monjes. No poseemos un programa de los estudios impuestos a los jóvenes monjes, e ignoramos incluso qué disciplinas son enseñadas. En todo caso, ellos hacen sus estudios en el monasterio. La decisión de enviar monjes a seguir cursos en las universidades, en París, Toulouse o Montpellier, no será tomada sino en la segunda mitad del siglo XIII. El Colegio de Cluny en París, que todos conocemos, data de 1267-1269.

Tenemos, no obstante, dos documentos que datan del siglo XI: en primer lugar la lista de los libros distribuidos al comienzo de la Cuaresma de 1042 a los sesenta y cuatro monjes capaces de leer, presentes entonces en Cluny. Ella contiene algunos libros de la Biblia, comentarios bíblicos escritos por los Padres de la Iglesia, desde Orígenes (en traducción latina) hasta Jerónimo y Agustín, pero también vidas de santos e incluso libros de historia, entre ellos un Tito Livio.

El segundo documento es un catálogo que data del abadiato de Hugo (1049-1109) y es un repertorio de los 570 volúmenes que constituyen entonces la rica biblioteca cluniacense: figuran allí los libros de la Biblia, los de los Padres de la Iglesia, con una predilección por Agustín y Gregorio Magno, pero también algunas obras de la Antigüedad clásica (*Discursos* de Cicerón, *Historia romana* de Tito Livio), tratados de derecho, vidas de santos, algunos libros más recientes como los de la controversia entre Berenguer de Tours y Lanfranc de Bec con motivo de la eucaristía. La biblioteca se enriquecerá aún más en tiempos de Pedro el Venerable, que parece ser el único intelectual de renombre y el único autor fecundo de estos primeros siglos cluniacenses.

Llama la atención, en efecto, y sorprende un poco, constatar que antes de Pedro el Venerable, quien publicará algunos volúmenes de controversia contra los judíos y los musulmanes, y reflexiones sobre los milagros, los monjes de Cluny no han publicado casi nada: no se interesan más que en la historia local o familiar, redactando sin demora la vida del abad que acaba de morir y, por supuesto, la crónica de su monasterio. Dom Jean Leclercq se ha

constituido en su abogado:

“Los monjes escribían poco, y mucho menos que lo que se hacía en el siglo XIII en París; no obstante leían mucho, y eran doctos más bien que sabios; pensaban más que lo que hablaban, reflexionaban, vivían de las ideas que la tradición había acumulado para ellos. Casi no experimentaban la necesidad de componer nuevos libros: tenían los que nadie ha reemplazado: la Biblia y los escritos de los Padres. Los períodos de mayor cultura no son aquellos en los que la producción literaria es más abundante, sino aquellos en los que se ha existido más intensamente, siglos bastante felices en los que no ha habido necesidad de producir¹”.

La transición entre trabajo intelectual y trabajo manual se da muy naturalmente con la mención de los copistas. Hoy nos es difícil imaginar este mundo anterior a la invención de la imprenta, al empleo de la computadora y de la impresora. Como en la Antigüedad, los libros se producen y se reproducen por medio del trabajo paciente y atento de copistas, esos escribientes que varias horas al día se aplican a transcribir largas obras: ese es al mismo tiempo un trabajo de la mano y un trabajo del espíritu, y una forma de lectura del texto que se transcribe. Nadie se improvisa copista: es necesario conocer las reglas de la escritura, de las abreviaturas, de la numeración de las páginas, y tener la habilidad manual como para una hermosa escritura, regular, elegante, legible.

¿A qué otros trabajos manuales se entrega el monje de Cluny? Es preciso distinguir los dos tipos de monjes: los monjes de coro tienen poco tiempo libre entre los largos oficios, un cierto número de entre ellos tienen su labor de copistas, pero contribuyen también al mantenimiento de la casa y en pequeños trabajos ejecutados en común: desvainar las habas para las comidas, cuidar el jardín. En los primeros tiempos, cuando los monjes son todavía poco numerosos, pareciera que en verano se haya trabajado en los campos, para las cosechas o la recolección de frutos y de legumbres, como lo preveía por lo demás la *Regla de san Benito*; entonces se abrevia la misa matinal y las oraciones del capítulo y se parte al trabajo salmodiando (*Estatutos* de Bernardo de Cluny y de Ulrich).

Más tarde, en tiempos de Pedro el Venerable, cuando el número de monjes ha aumentado mucho, estos trabajos campestres son asegurados por los hermanos conversos o por obreros. Un texto curioso, debido a Pedro el Venerable, nos muestra la vida cluniacense a ras de tierra:

¹ J. LECLERCQ, *Pierre le Vénérable*, Saint-Wandrille, 1946, p. 343 (Figures monastiques).

“Los hermanos no deberán lavar más sus calzados el sábado, porque es un trabajo inútil. Antes esto era necesario porque los monjes trabajaban afuera incluso los días de lluvia y de barro, y por lo tanto, lavaban sus calzados todos embarrados cuando volvían al claustro. Luego esto degenerará en una observancia inútil, porque incluso los que no salían jamás del claustro durante un año o dos, lavaban no obstante sus calzados propios, incluso los nuevos, sin que fuera necesario, pero se creían obligados a pasarles aunque fuera una gota de agua con la punta de dos o tres dedos².

Nos viene a la mente una pregunta. Durante todo el período que nos interesa, Cluny ha sido una extensa obra: no cesa de estar en construcción, de agrandarse, de modificarse, de reconstruirse. Sin duda obreros cualificados y conversos han ejecutado lo esencial de estos trabajos, pero ¿quiénes son los arquitectos, los maestros de obras, eventualmente los artistas que esculpen los capiteles o fabrican los vitrales? Valdría la pena buscar esas respuestas.

Las comidas

Para celebrar la liturgia, para trabajar, y primero para vivir, es preciso alimentarse. Con valentía y fidelidad, los monjes de Cluny observan el horario de comidas fijado por la *Regla de san Benito*, que hoy nos parece riguroso: solamente desde Pascua hasta el 14 de septiembre toman dos comidas al día, al mediodía y a la tarde; desde el 14 de septiembre hasta el comienzo de Cuaresma, la única comida cotidiana tiene lugar a la novena hora, o sea entre las 14 y las 15 horas; durante la Cuaresma finalmente, la comida se toma después de las vísperas, con las últimas horas del día, de tal manera que no haya necesidad de luz de lámpara. Ese horario es atemperado para los adolescentes que viven en el monasterio, y también para los monjes de edad. A decir verdad, salvo para el tiempo de Cuaresma, ese horario que nos parece muy austero es el de los paisanos de la época, que trabajan en los campos toda la mañana y no regresan a sus casas más que entrado el mediodía, para el almuerzo y la siesta.

Una sola comida, pues, durante más de la mitad del año, pero una comida copiosa. Ya Benito preveía un menú que contenía dos platos, frutas y pan en abundancia. En Cluny, como en los otros monasterios, los monjes con buena salud no comen carne, pero aprecian el pescado y los huevos, que saben preparar de mil maneras. Los monjes del Cister reprocharán a los clu-

² *Statuta Petri Venerabilis abbatis Cluniacensis IX, (Corpus consuetudinum monasticarum, 6), G. Constable éd., 28, pp. 64-65.*

niacenses condimentar sus platos con grasa animal, y éstos responderán que es demasiado difícil procurarse el aceite de oliva que abunda en Provenza o en Italia, pero no en Borgoña. En tiempos de Pedro el Venerable, se renunciará con todo a hacer uso de grasa los viernes. Por supuesto, se comen también habas, término genérico que engloba arvejas, porotos, lentejas. No se menciona la papa, que llegará de América en el siglo XVIII. También se comen los frutos que provienen de la huerta de la abadía.

Se sirve vino en todas las comidas, pero los monjes se quejan de que demasiado a menudo está cortado con agua. Los costumbreros precisarán por lo tanto que, los días de fiesta, habrá que servir buen vino, a veces aromatizado con miel o incluso con ajeno. En esto, una vez más, Pedro el Venerable intervendrá para prohibir el uso de ese *pigmentum*, excepto el Jueves santo.

En toda esta descripción, no se trata del desayuno. Es preciso acordarse de que nuestras modernas bebidas son todavía desconocidas, pero la leche está al alcance de la mano. Parece ser –y esto se dice a propósito de la enfermería, donde la vida es menos austera– que esta indispensable colación matinal estuviera compuesta de pan, de vino y queso. Por otra parte, en diversos momentos de la jornada, y particularmente en los días de fiesta, los monjes encuentran en el refectorio las bebidas frescas o calientes de las que tienen necesidad según las estaciones.

La enfermedad y la muerte

Los monjes están bien alimentados, toman un baño dos veces por año, antes de Navidad y antes de Pascua, y tienen sin duda menos causas de enfermedades que la mayoría de sus contemporáneos. Sin embargo Cluny, como todos los monasterios, incluye una enfermería cuyos diversos edificios figuran en todos los planos de la abadía.

Muchos caminos conducen a la enfermería. Ante todo, se va allí para la sangría periódica, que forma parte del código de la buena salud. Mientras en otros monasterios la sangría tiene lugar en fechas o a ritmos fijos –cuatro veces por año en Cîteaux–, el uso cluniacense es dejar a cada monje la iniciativa de hacerse sangrar. El hermano que quiere hacerse sangrar pide permiso al abad o al prior, advierte al mayordomo que él mismo avise al monje encargado de esa operación: ese cirujano lleva el título de *minutor*, la sangría es llamada *minutio* (disminución de la cantidad de sangre). Después de su sangría, el hermano recibe una buena ración de pan y de vino; durante tres días tendrá derecho al “desayuno” mencionado más arriba, y a la tarde su cena será completada con tres huevos. Permanece en la enfermería tres días, dispensado del oficio, y al cuarto día retoma la vida común.

Naturalmente, se va también a la enfermería cuando uno está enfer-

mo. El monje que se cree enfermo advierte al prior, que espera dos o tres días antes de enviarlo a la enfermería; una vez allí, si su estado no mejora, es autorizado a comer carne. Debe desplazarse con la cabeza cubierta por su capucha y un bastón en la mano, para dar a conocer su condición de enfermo.

Si la enfermedad se agrava, y cuando la muerte parece próxima, el abad o el prior van a recibir la confesión del enfermo. Se lo transporta a la sala del capítulo, donde hace una confesión pública; se lo regresa a la enfermería, donde recibe la eucaristía: el viático, proporcionado solemnemente. La comunidad se reúne alrededor de él y canta salmos, mientras se le da la extremaunción bajo la forma tradicional, con unciones sobre los ojos, la frente, la nariz, los labios, el cuello, la espalda, el pecho, las manos y los pies: todos los órganos o los miembros por medio de los cuales se puede pecar. Si el enfermo no parece todavía estar próximo a su fin, la comunidad se retira, un hermano se queda cerca de él diciendo salmos o leyendo en el evangelio los relatos de la Pasión de Cristo.

Cuando el fin parece inminente, los enfermeros extienden un cilicio en el suelo, derraman ceniza y acuestan allí al moribundo, que va pues a partir con todos los signos de la indigencia y de la penitencia. Se llama a la comunidad para las últimas oraciones de recomendación del alma. Después del deceso, el cuerpo es lavado, revestido con su hábito monástico y llevado a la iglesia sobre una camilla. No hay ataúd. Los hermanos se relevan cerca de él salmodiando, hasta la gran Misa del día siguiente, que es la Misa de exequias, seguida inmediatamente de la inhumación en el cementerio de la abadía.

Los monjes asisten a la puesta en tierra –siempre sin féretro– teniendo un cirio en la mano. No regresan a la iglesia sino cuando la tumba está tapada. Y en el coro se postran para recitar los siete salmos penitenciales.

No se abandona al hermano que acaba de morir: durante 30 días, se celebran cotidianamente 30 Misas por el reposo de su alma: o sea 900 Misas en un mes. Para asegurarlas, los monjes sacerdotes no dudan en celebrar varias misas una a continuación de otra. Además, se hará memoria del hermano en el aniversario de su deceso, no solamente al año siguiente o durante algunos años, sino indefinidamente. Cluny, en efecto, tiene gran cuidado de la memoria de los difuntos, por supuesto de los cluniacenses, pero más ampliamente de todos los monjes relacionados con Cluny, y más ampliamente aún, de todos los difuntos. En 998, Odilón instituye la conmemoración de todos los fieles difuntos en la fecha del 2 de noviembre, impuesta primero a todos los monasterios dependientes de Cluny, y adoptada a continuación por toda la cristiandad, en tiempos del Papa León IX, hacia el 1050.

Conclusión

No pretendemos haber recorrido completamente las 24 horas de la vida cotidiana del monje cluniacense, y menos aún los 60 u 80 años de su existencia. Nos parece justo terminar evocando la luz en la cual se desarrollaba cada día la vida de los monjes cluniacenses. Vimos que el horario de su jornada variaba según las estaciones, porque en verano los días son largos y las noches son breves, e inversamente en invierno. Los monjes eran muy sensibles a esta alternancia cotidiana de la luz y de las tinieblas, a la trayectoria del sol y a las fases de la luna. El culto de la luz, el deseo de la luz más allá de la oscuridad, irradian de numerosas oraciones dichas en las horas del oficio. El P. Thierry Barbeau ha publicado en su colección *Prières de Cluny*³ oraciones para las horas y los días de la semana, extraídas de un breviario cluniacense de verano del siglo XI. Estas son las propuestas para el lunes y el jueves:

En vigiliás del lunes: “Ilumina nuestras tinieblas, Señor, y muéstrate propicio rechazando todas las asechanzas de la noche”. En laudes: “Señor, mira benigno las oraciones matinales de los que te suplican; que ni las sombras de nuestro corazón, ni los deseos tenebrosos se apoderen de los que la luz de la gracia celeste ha renovado”. En vísperas: “Mientras aparecen las tinieblas, Señor, que la aurora de la justicia se levante en nuestros corazones”.

En vigiliás del jueves: “Te rogamos, Señor Dios nuestro, que nos hagas soportar las penas del día gracias al descanso de la noche; así, gracias a la sucesión del tiempo, nuestra debilidad no nos agobiará”. En vísperas: “Dios eterno y todopoderoso, a la tarde, a la mañana y al mediodía, rogamos humildemente que tu majestad expulse de nuestros corazones las tinieblas de los pecados y nos haga llegar a la verdadera luz que es Cristo”.

Y hay que acordarse de que estas oraciones eran dichas en la luminosa iglesia de Cluny.

Abbaye Sainte-Marie
3, rue de la Source
F-75016 Paris
FRANCIA

³ *Prières de Cluny. Textes traduits et présentés par les moines de Solesmes*, Th. Barbeau éd., Paris, 2010.